



—¿Otra vez á la fuente?
—Como el señor tiene hidropesia, se cuele un cántaro de un
tirón; es para quemar la sangre.
El chico.—¡Água va!

CRÓNICA

Es la del Corpus una festividad cuyo nombre debería escribirse con aúreos caracteres; ved la magnificencia conque se reviste la Iglesia para celebrarla; observad como el oro es la nota dominante, hasta las flores conque se alfombran las calles ese día, la fragante retama que sirve de dorado fondo á los claveles de color de púrpura tiene su aúreo y brillante color.

La fiesta del Corpus se celebró por vez primera en la ciudad de Lieja en 1246 el jueves inmediato á la octava de Pentecostés en obsequio al Santísimo Sacramento, á pesar de su origen extranjero puede considerársela como una fiesta genuinamente española, pues pocas naciones la han celebrado con igual esplendor.

Antes de la citada época celebraban algunas iglesias una fiesta especial para solemnizar la institución de la Eucaristía. En 1040 la ciudad de Angeres (Francia) la celebró como á fiesta de desagravios; más adelante en 1261 al ascender al pontificado el cardenal Jacobo Panteleón, que había sido arcediano de la referida iglesia de Lieja y que tomó el nombre de Urbano IV, publicó en 1262 la bula instituyendo la festividad del *Corpus Christi* pero sin hacer mención de vigilijs ni de procesiones. El mismo Papa encargó á Santo Tomás de Aquino que compusiera el sublime rezo de que se sirve la iglesia durante la octava de su festividad.

Después del concilio general celebrado en Viena el año 1311 durante el pontificado de Clemente V al que asistieron los Reyes de Aragón, de Francia y de Inglaterra, se confirmaron las bulas de Urbano IV y se ordenó la celebración de esta fiesta á toda la iglesia católica. Cinco años más tarde el papa Juan XXII añadió á la solemnidad establecida que se celebrasen públicas procesiones llevando al Señor Sacramentado.

Esta procesión celebrábase antiguamente en España por la mañana, y sólo en la corona de Aragón por concesión especial se celebraba por la tarde, habiendo sido Barcelona la primera ciudad que la solemnizó.



De un antiguo ceremonial que existe en el archivo de la Municipalidad de Madrid, resulta que esta fiesta se celebraba en la corte con desusada esplendidez.

Muy lucidas eran así mismo las procesiones que se celebraban en Toledo, Granada, Sevilla, Valencia y Barcelona cuya magnífica custodia de la Catedral se lleva sobre un sillón de plata dorada considerado como el antiguo trono de los reyes de Aragón y sentado en el cual hizo su triunfal entrada en Barcelona D. Juan II de Aragón el 28 de octubre de 1478 después de haber derrotado á los franceses en Perpiñan.

La tradicional costumbre de que figuren en las procesiones *gigantes, águilas, leones, tarascas, etc. etc.*, es un homenaje á la Omnipotencia del Señor ante el cual se humilla y anonada lo más indómito y poderoso de la tierra.

PACHIN

Casimiro se presentó en una imprenta á solicitar la plaza de corrector que había visto ananciada en un periódico.

Después de formular su pretensión, el encargado de la casa le preguntó:

—¿Tiene usted suficientes conocimientos para ser *corrector*?

—¡Ya lo creo!—contestó Casimiro.—Fígrese usted que acaba de salir de una casa de corrección.

—Decididamente hemos tenido una excelente idea de venirnos á pasar el verano en esta aldea, aquí á lo menos se comen los huevos recién puestos, y las frutas cogidas en los propios frutales,—le dijo su mujer á Gedeón.

—Es una gran verdad,—contestó éste,—pero no temas, en cuanto regresemos á la capital, llevaremos provisiones para todo el invierno.



Remitido por Valentín Castany

LOS GORRIONES

Conrado, maestro cerrajero de la aldea, destruía furioso una mañana los nidos que habían formado los gorriones en el tejado de su casa, cuando en esto, Pío, el hijo más pequeño del vecino de enfrente, viendo á Juanita la tierna hija de Conrado.

—Dime,—le dijo,—¿por qué está tu padre tan incomodado con los gorriones?

—¡Ah!—respondió la inocente.—Porque dice que desde que trajo á casa el cáliz de oro y los candeleros de plata, todas las mañanas parece que los gorriones con su *cliu cliu* vienen á reprenderle su robo.

Pío, con la misma sencillez que se lo refriera Juanita, refirió lo que pasaba á sus padres los que quedaron un poco sorprendidos, pues el año anterior habían sido robados los mismos objetos de la iglesia de la aldea sin que todavía hubiesen podido descubrir el autor de este sacrilegio. El padre pues, del niño, creyendo que debía en conciencia manifestarlo al juez, pasó á verle. El magistrado le encargó guardase el mayor secreto sobre el particular, y practicando las oportunas diligencias



—¿No te parece Estrella que daremos el golpe.

—Sí, pero cuidado cuando veas el gato no te dejes llevar de tu genio.

supo que el cerrajero gastaba mucho más que ganaba. Hízole prender inmediatamente, y en breve quedó convicto de haber abierto la sacris-



El perro.—Corre que te pillan, voy a acabar con toda esta chusma de timadores gatunos.

tía con una llave maestra y de haberle robado los candeleros y el cáliz.

Esto enseña que una conciencia culpable es un acusador obstinado, que no reposa nunca y que ha descubierto muchos crímenes.

N. V. DE M.



—Pero ¿cómo vienes hecho una lástima?

—No te lo dije mujer, golpe, golpe y porrazo.

HISTORIETA MUDA



Remitido por C. Roca.

TEATRO GUIGNOL

EL CASTILLO DE CHUCHURUMBÉ

PERSONAJES: LAURA, AGAPITO, SEGISMUNDO, *un enano, guerreros y gente del pueblo.*

(La escena representa la sala de un castillo feudal. Al fondo, cámara de Laura. A la derecha la puerta de entrada, y á la izquierda ventana ojival).

ESCENA PRIMERA

LAURA

Aquí siempre he de estar, encerrada en un castillo, sin poder ver á Agapito. ¡Ay, Agapito, mi bien, mi tesoro, amado mío! ¡En vano, en vano pretenden que yo te pierda el cariño! ¡Antes que rendir mi amor al tirano, al cocodrilo, de ese feroz Segismundo, pedazos haré el corazón mío!...

ESCENA II

(La misma y AGAPITO, en traje de guerrero, con gran casco, entra precipitadamente).

AGAPITO.—¡Para llegar á tu lado, cien peligros he corrido! ¡Ladrado me han los perros, y el enano maldecido por poco me deja tuerto, con un soberbio ladrillo! ¡Mas no temas, dueño amado, que á la lucha me apereibo, y mi ejército, valiente, ya se aproxima al castillo, donde entraré (con furia) ¡¡¡vencedor!!!...

LAURA.—Dios lo quiera, dueño mío; pero lárgate al instante, porque creo sentir rumor de pasos...

AGAPITO.—El agnador... ¿ese bárbaro...

LAURA.—Segismundo, que es lo mismo.

AGAPITO.—Es mi rival, ¡oh, furor!...

LAURA.—¡So... ciégate, dueño mío!

AGAPITO.—Templo mi furor y... voime. ¡Adiós, Laura!

LAURA.—¡Adiós, Agapito!

AGAPITO.—¡Yo te adoro y te amaré eternamente, dueño mío!

LAURA.—¿Me lo juras?

AGAPITO.—¡Te lo juro! (Gira sobre los tacones y vase por la derecha).

LAURA.—(Asomándose á la ventana). ¡Ya descende por la escala!... ¡Echa á correr! ¡Si no fuera tan valiente mi Agapito, creyera que tiene miedo, al verle trotar tan listo!... Pero me voy á mi alcoba, que la siesta no he dormido. (Vase por el fondo).

ESCENA III

(SEGISMUNDO y enano)

SEGISMUNDO (dirigiéndose al enano, muy excitado y con cólera; amenazándole á cada palabra).—¡Bombas! ¡Rayos! ¡Truenos! ¡Estampidos! ¡Que me traigan el chocolate, con tostadas de manteca! ¡Bien untaditas! ¡Depri-sa, porque sino, te rajo y te descuartizo! (Transición). Hoy estoy de buen humor, y voy á ver si rindo con mi dulzura el desdén de Laura. (Asomándose á la alcoba). ¡Qué bella está, he creído sentir un dulce suspiro! (Se oye rascar, sumamente fuerte). ¡Mas me parece que sueña...! ¡Sin duda será conmigo!...

LAURA.—¡Agapito mío!

SEGISMUNDO.—¿Qué es lo que escucho? ¡Agapito! ¡Ah, pues ése no soy



—Escucha, Nicanor, ¡qué es la desgracia que te produciría más honda impresión?

—¡Hombre, ya verás, como quiero entrañablemente á mi mujer, sentiría mucho que se quedase viuda!

Remitido por Valentin Castany.

LA ESCUELA DE LA MENTIRA



—Vamos a ver Carlos, ¿ya has vuelto a montar? No quieres corregirte, tú eres la vergüenza de tus padres. Hoy sin postres. Salga usted caballero.



—Señorito, el señor Pidemás pregunta si está usted en casa.
—Dígale usted que he salido.]



Carlitos. —Si, sí, pase usted; papá está aquí. Mira tu, papá, esa mentirrosa de Vicenta decía que tú habías salido... pero yo no digo mentiras.

El amigo. —Pues yo venía a pedirle a usted un favor. Que me prestase diez duros.

—Si que lo siento, querido Pida más, no tengo ni un céntimo aquí.



Carlitos. —Te equivocas, papá... mira ves, está lleno el cajón del secreter. Será mamá que los habrá puesto, porque tú no habrías mentido a un amigo.



—Vicenta, tenemos que despedirla, pues tenemos que partir de viaje.

Carlitos. —No lo creas, es que hemos encontrado una sirvienta más barata que tú.



—Siento muchísimo doña Tarsila no poder asistir a su soirée... hoy mi esposa está indispueta...

Carlitos. —Te engañas papá... Mamá se encuentra bien; pero ya sabes que dijo ayer que en casa de doña Tarsila se fi...



—Querido tío, crea usted que nuestro afecto es bien desinteresado; aunque fuese usted pobre como Job, nosotros seríamos lo mismo.

Carlitos. —Solamente como decía papá esta mañana, que bien podría cerrar usted los ojos en tanto a sus herederos.



—¡Pero miserable! ¡canalla! Nos haces indonar con todo el mundo; nos has desacreditado.

Carlitos. —No tengo yo la culpa; he jurado nunca más mentir. ¿Tú quieres acaso, que me quede sin postres todos los días?

yol ¡Voy á romperla el bautismo! Pero no; la despertaré con cuidado. (Dá terribles golpes en la puerta).

ESCENA IV

(SEGISMUNDO y LAURA, que sale por el fondo, muy sobresaltada).

LAURA.—¿Qué es eso, señor? ¿Qué *escurre*?

SEGISMUNDO.—¡Soy yo, que vengo á deciros que os adoro!

LAURA.—¿No es más que eso? ¡Ya me lo habeis repetido cincuenta mil veces!...

SEGISMUNDO.—¡Mira que ahora estoy tranquilo y si me enfurezco...!

LAURA.—¡Ya vendrá á libertarme Agapito!

SEGISMUNDO.—¡Tendrá que luchar conmigo!

LAURA.—(Sacando un puñal).—¡Con este puñal te voy á pinchar, en la tripa, atrevido! (Suenan tropas guerreras y se oye gran tumulto en el exterior del castillo).

SEGISMUNDO.—(Asomándose á la ventana).—¡No llegareis á estos muros, que estoy hecho un vasilisco! ¡Me ciega mi cólera, el delirio!

Una voz desde fuera—¡Silencio, D. Tremabundo!

SEGISMUNDO.—¡Silencio, D. Estropicio! En fin, comience el combate, y ya vereis con que bríos luchamos. (Telón rápido).]

CUADRO SEGUNDO: A la derecha, se divisa parte de un castillo feudal. A la izquierda, campo.

ESCENA PRIMERA

(AGAPITO y guerreros).

AGAPITO (arengando).—¡Animo, valor y miedo! ¡Y limpios los calzoncillos, no diga la lavandera que ha encontrado langostinos! ¡Corra la caballería, truene el cañón y haya un río de sangre! ¡Sus, y á los muros!... (Transición). ¡Andar delante, hijos míos, que yo detrás de estas matas os contemplo y os admiro! (Se dá un ataque al castillo, desde cuyos muros se defienden, con escobas, los guerreros de Segismundo, y, por último, los de Agapito toman á aquél por asalto; y, por medio de bengalas, se simula que arde dicho castillo).



—Esa fiebre no quiere bajar.

—No se apure usted, doctor, porque voy á mudarme en el cuarto bajo.

AGAPITO.—¡Pegarle fuego al castillo!

ESCENA II

(Los mismos y LAURA, que sale de prisa por el puente levadizo del castillo).

LAURA.—¡Por fin, por fin me salvé!

AGAPITO.—¡Ven á mis brazos, morena! (Abrazándola).

LAURA.—¡Qué vergüenza! ¡Hay, Dios mío!

AGAPITO.—¡Sin remilgos! (Vuelve á abrazarla varias veces, con frenet. Los soldados sacan, muertos, á Segismundo y al enano). ¡Ole con ole, muchachos! (Dirigiéndose á los guerreros). Contemplar á esos dos mirlos que habeis colgado (señalando á dichos cadáveres), al cabezota más grande y al caifás más soberbio de los siglos; nuestro valor han vencido, por siempre, *jámas*, amén. ¡Conque alegraros, chiquillos, que ya, de Chuchurumbé, es nuestro, nuestro, el castillo! ¡Ahora, á celebrar mi boda, con alegre regocijo! (Música; bailan todos con gran algazara, y telón lento).

LUIS MAYOR



Es pintor tan excelente
que en la calva de su tío Obtudio
pinta rápidamente
una cabeza de estudio.

EL ESPÍRITU DE CONTRADICCIÓN

Busca D. Rufo
tres pies al gato,
tres pies le busca
y él tiene cuatro.
Dánle caprichos estrafalarios,
más que á los locos
y á los muchachos:
Quiere brasero
todo el verano
y usa en diciembre
calcetnes blancos,
porque es su genio
tan condenado
que le enamora
todo lo extraño.
Compra en la tienda
lo malo y caro,
pues nada quiere
bueno y barato.
Ve una tragedia,

ríe el zanguango.
Llega el sainete,
ya está llorando.
Hasta en su casa
¡que hombre tan raro!
todos los chismes
tiene trocados:
Bebe en cazuela,
come en un vaso;
en una alcuza
sorbe el tabaco.
En la cocina
pone el piano,
y en una alcoba
cuece el guisado.
Busca D. Rufo
tres pies al gato,
tres pies le busca
y él tiene cuatro.

E. C.



La voz del teléfono.—¿Es usted viejo estúpido?

—Ponte al teléfono porque me parece que te llaman a tí.

EL BIEN RECOMPENSADO

En una solitaria cabaña situada á unos dos kilómetros de cierto pueblo, habitaba una honrada familia que aunque pobres ganaban lo suficiente para el sustento. Hé aquí que en uno de esos días tristonos en que el sol se oculta entre las espesas nubes que amenazan alguna tempestad, se presentó un venerable anciano vestido con suma pobreza solicitando hospitalidad pues el viento azotaba con furia los árboles y la nieve cayendo en grandes copos cubría la superficie. Como aquella buena gente estaba acostumbrada á hacer obras de caridad, sin titubear un solo instante lo pasaron al calor del fuego y después de dejarlo descansar algunos momentos trabaron conversación con dicho anciano suplicándole les contase su peregrinación por el mundo.

Este sin hacerse de rogar tristemente les dijo:

—Yo era hijo de unos honrados aldeanos que tan cariñosos conmigo como temerosos de Dios anhelaban hacerme hombre procurándome un modesto porvenir. Pero tristes circunstancias en que mis pobres padres se hallaban, les privaron de conseguir sus nobles deseos, afligiéndoles tanto verse contrariados que pasaban la vida llorando su pena. Fué esta tan intensa que ambos enfermaron gravemente y poco tiempo después murieron dejándome el

inestimable caudal de su imborrable recuerdo y sus bondadosos consejos. ¡Oh dolor!... Al llegar aquí no pudo contener los sollozos y rompió á llorar como un niño. Los oyentes conmovidos diéronle un cordial para que recobrase su ordinaria tranquilidad pues el corazón le latía con violencia.

*
* *

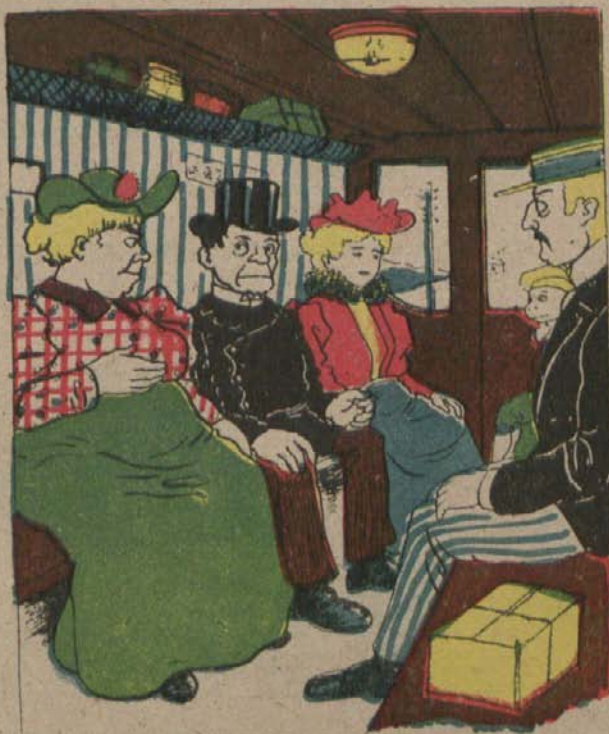
Al día siguiente iba á marcharse de aquella casa y al ir á despedirse de la familia la mujer le dijo:

—No; no consiento en que un anciano como usted sufra las inclemencias del cielo y el rigor del invierno; quédese aquí con nosotros que le trataremos como si fuera usted nuestro padre.

Y en el acto, al pronunciar aquellas últimas palabras, el anciano tomando la figura de un ángel hermosísimo les dijo:

—Bien os habeis portado conmigo; yo vine bajo la forma anterior para probar vuestra bondad, seréis felices.

Y en diciendo esto desapareció cayendo sobre ellos un delicioso perfume. Aquella gente se miraba absorta no dando crédito á lo que les había sucedido. Pasados algunos días pudieron con-



—Timoteo, ¿por qué no te pones los billetes en el bolsillo?
¿Qué necesidad tienen esos señores de saber que viajamos de tercera?

firmarlo pues todos los quehaceres del marido prosperaban llegando hasta encontrarse en una opulenta posición.

Desde aquel día la alegría de aquel hogar no cesaba, daban gracias á Dios, repartían limosnas entre los pobres siendo siempre muy queridos de éstos y en general de todos los vecinos.

Lo cual prueba queridos lectores y amiguitos míos que siempre las buenas obras alcanzan su recompensa.

PAQUITO BAEZA LÓPEZ

HONRADEZ A TODA PRUEBA

Gladomiro, haciendo la limpieza del cuarto de su patrón Pantufar, encontró debajo de una cama una brillante pieza de dos pesetas.

Gladomiro era un honrado muchacho y se apresuró á devolver la moneda á su señor.

—Está muy bien,—le dijo éste,—eres un buen muchacho, Gladomiro, y te doy la moneda para premiar tu honradez.

El siguiente día el patrón echó de menos una moneda de cinco pesetas; registró sus bolsillos, pero en vano, no encontró la moneda que buscaba.

—¿Has encontrado una moneda de cinco pesetas? —se decidió al fin á preguntar á Gladomiro.

—Sí, señor,—contestó éste,—pero, como ayer, me he quedado con ellas para premiar mi honradez.



—Sí, querido amigo, estoy desconsolado con mi hijo y quería darle una carrera provechosa, pero no sirve absolutamente para nada. ¡Te lo traigo, á ver si lo haces un diputado como tú!

REGALOS

DEL "CORREO DE LOS NIÑOS"

- 1.^o Un precioso reloj de oro.
- 2.^o Un retrato con marco dorado.
- 3.^o Un magnífico juguete, á elegir.

Más de 500 premios en cuentos y novelitas infantiles.

CHARADA

Mi prima es nombre de santo
segunda y tercera es flor
un todo usaban los legos.
No me lo acertarás, no.

En un colegio:

El maestro.—¿Cuál sería el itinerario que seguiría usted para ir á Filipinas?

El niño.—Iría al puerto y escogería un buque con un capitán experto, que supongo sabría mejor que yo el itinerario.

ACONTECIMIENTO EXTRAORDINARIO

Saldrán en breve en nuestro semanario las atrayentes y sugestivas aventuras del Chimpanssé Carambola ilustradas en colores, publicando semanalmente un capítulo de tan interesantes episodios. Además, las grotescas y extravagantes películas de «Pecatentro» rey de la risa serán ilustradas en las páginas de nuestro «Correo de los niños» junto con monólogos, comedias y diálogos de extraordinario éxito en el Teatro de la Niñez. Habrá también dos páginas ilustradas

con dibujos de nuestros favorecedores y articulitos de los que muy pronto anunciaremos su concurso, ofreciendo valiosos premios y publicando el retrato de aquel que por sus méritos se haga digno de esta distinción.

JEROGLIFICO ILUSTRADO



JEROGLIFICO

MASCUINO FEMENINO TIE D MPO

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIÓN á los pasatiempos del número anterior

Frase hecha.—Marchar con la música á otra parte.

Charada.—Alondra.

Jeroglífico.—La chica de Aniceta es estadiosa más siempre sobresale por lo sosa.

Para la correspondencia al director de
Correo de los Niños, Apartado, 88

Redacción y Administración: Calle de las Cortes, 695.—Barcelona.

En el presente número va adjunto el suplemento n.º 2

PEOR EL REMEDIO QUE LA ENFERMEDAD



—¡Papá, yo quiero un tambor, un tambor muy grandel. .



—Bien, voy por el tambor; pero me dejarás tranquilo ¿eh?
—Sí, papá.



Una hora después, el niño tenía su tambor, y el papá se había vuelto loco.